

La Restauración Meiji dentro de una visión de civilización mundial

明治維新



Mutsuhito Tenno - Emperador Meiji

El proceso y alcance de la restauración Meiji

Entre los años de 1867 y 1912, se producen una serie de sucesos en Japón, que pasaron a la historia con el nombre de Restauración Meiji, nombre que adoptó el nuevo emperador Mutsuhito a la muerte del anterior emperador Komei y que se puede traducir como Gobierno de la Luz.

Los eventos que se sucedieron en ese periodo, llevaron a un profundo y radical cambio de la estructura social y política del Japón; se restableció la autoridad del Emperador y se decidió la occidentalización del país, poniendo así fin al feudalismo tardío que se había mantenido y esto llevó al Japón a ser el primer país no occidental que aplicaba las técnicas de la Primera Revolución Industrial, sin embargo el todo enmarcado dentro de un respeto por las tradiciones ancestrales.

Podemos considerar entonces, que la historia del Japón contemporáneo¹ se divide en tres fases.

La primera, entre 1868 y 1912, que es la época de la revolución Meiji y que significó la modernización y occidentalización. De este proceso hay dos puntos clave:

¹ Por Edad Contemporánea entendemos el periodo histórico que sigue a la denominada Edad Moderna y cuya proximidad y prolongación hasta el presente le confiere unas connotaciones muy particulares por su cercanía en el tiempo. Benedetto Croce, filósofo italiano del siglo XX, afirmaba que "la historia es siempre contemporánea" y si la historia tiene como centro al hombre, entonces en realidad se trata del hombre actual. En consecuencia, si la visión del pasado lejano está condicionada por la mentalidad del hombre actual, también lo está y en mayor medida, el pasado reciente más cercano a su experiencia vital. También hay que decir que al tratar de establecer la especificidad y los límites del mundo contemporáneo, se considera que al comienzo se desarrolló dentro de un marco esencialmente occidental y euro centrista; sin embargo lo complejo y distinto del problema, añadido a los cambios de Occidente, han llevado a la revisión de esas premisas y actualmente en general se buscan soluciones acordes a la globalidad del mundo. Además el mundo de hoy lleva una marcada dirección de universalización de la mencionada civilización occidental, que se apoya en la imposición de esquemas basados en la supremacía tecnológica y material y la proyección de su modelo de sociedad como paradigma de modernización.

Dentro de lo anterior tenemos que, uno de los puntos más resaltantes del mundo contemporáneo es la creación y difusión del Estado-Nación y de algunos fenómenos ligados al mismo como el surgimiento del "nacionalismo", cuyo origen fue europeo y que se difundió por todo el planeta a pesar de las dificultades por mantener el concepto, no solo en países extra europeos sino que fue causa de dos sangrientas guerras.

Otro concepto estructural del mundo contemporáneo es, en el ámbito económico, la adopción del "sistema capitalista" que también ha alcanzado una dimensión mundial. De una importancia trascendental tenemos al desarrollo de la ciencia y la tecnología, en especial la información y las comunicaciones. En estos campos es donde realmente se puede apreciar en toda su extensión la globalidad del mundo actual y que el autor Marshall McLuhan, denominó la "Aldea global".

También la cultura en todas sus manifestaciones ha sido uno de los espacios que ha reflejado mejor los cambios del mundo contemporáneo. La crisis de la post modernidad manifiesta en el pensamiento filosófico, en las ciencias y en las expresiones artísticas han puesto de relieve las limitaciones sobre las que se habían basado los preceptos de la modernidad euro-occidental, y la necesidad de replantear sobre nuevas bases el conocimiento del cosmos y la naturaleza humana.

de 1868 a 1881 que es el período de las reformas y la consolidación de la revolución Meiji y el periodo de 1881 a 1912 que corresponde al auge del Japón Meiji, con la nueva organización e institucionalización del Estado y la sociedad, y los comienzos de la expansión territorial e imperial.

La segunda fase, de 1912 a 1937, es la época del Japón potencia mundial: entre la Primera y Segunda Guerra Mundial se suceden las llamadas era Taisho, entre 1912 y 1926, y era Showa, desde 1926. Japón se convierte en un nuevo centro de poder mundial. La tercera fase, de 1937 a 1945, cuando en el orden interno se llega al gobierno de los militares, y en lo internacional, a la alianza con las potencias del Eje, llevando el proceso bélico a la derrota japonesa en el año 1945.

En la mencionada primera fase, a partir de 1868 una corriente política de la nobleza derroca al shogunado Tokugawa y restablece en el poder político al emperador, que había sido convertido en una figura solamente simbólica. Esta época, por el hecho antes mencionado se conoce como el período de la “Restauración Meiji” y constituye en realidad una era de intensas transformaciones, que conducen al Japón, que durante varios siglos se había cerrado en si mismo, a convertirse rápidamente en un país moderno y en una potencia mundial.

En la política, si bien debemos considerar que todas las formas de cambio adoptada por los dirigentes japoneses, llevaban a la formación de un estado Nacional, también existía un objetivo principal: el definir y asegurar la posición internacional revisando los llamados tratados desiguales.

El objetivo se llevó a cabo con gran facilidad por el Ministerio de Negocios Extranjeros: en 1871 se firma el tratado comercial con China; en 1872 obtienen el control administrativo de las islas Ryukyu; al año siguiente, de las islas Bonin; en 1874 el reconocimiento de la soberanía sobre las islas Ryukyu, y en 1875 obtienen las islas Kuriles y se fija la frontera entre Japón y Rusia en el área de Siberia. En 1876, los japoneses atacan la península coreana utilizando el mismo sistema que los occidentales habían aplicado contra Japón en 1853.

El tratado de Kanghwa resultante de esa operación abre Corea al comercio japonés. Finalmente con la guerra de 1894-95 contra China se define Japón como una potencia en el área de Extremo Oriente ante los ojos occidentales

La organización de un nuevo sistema educativo fue una pieza clave en el cambio. Las escuelas que existían hasta entonces eran en su gran mayoría anexos de los templos y su función instructiva era muy elemental. Se creó entonces un modelo de

educación primaria muy eficaz, para niños y niñas, que rápidamente alcanzó una cobertura casi total. Por el otro, las instituciones de nivel medio superior y superior, especialmente las universidades imperiales, fueron altamente selectivas y su población escolar fue reclutada, casi sin excepción, de familias de la antigua aristocracia y de los dirigentes empresariales. De esa manera, se buscaba elevar el nivel básico de capacitación de todos los habitantes, mientras se mantenían bajo control los mecanismos escolares para la formación de las clases dirigentes.

Con ese sistema, al mismo tiempo que se buscaba alcanzar un nivel sólido de formación científica y técnica, se promovían con gran fuerza los valores morales tradicionales y códigos de conducta que destacaban la lealtad al Emperador y al Estado, la disciplina laboral y el respeto al orden y a las jerarquías familiares y sociales.

Adicionalmente en el aspecto económico, hay que señalar que la capacidad de Japón para alcanzar su seguridad internacional y a competir frente a las potencias imperialistas occidentales no derivó solamente de la intensa reorganización política experimentada desde 1868 y de la habilidad de sus dirigentes en lo diplomático. También se debe destacar que el desarrollo temprano del capitalismo en el caso japonés presentó grandes diferencias con respecto a la Europa occidental.

Mientras que en Occidente las manufacturas estatales centralizadas fueron desapareciendo durante la revolución burguesa, en el Japón se desarrollaron por todo el país las fábricas del estado: arsenales y siderurgias. Las fábricas de hilados y tejidos fueron rápidamente modernizadas a través de un proceso conocido como revolución industrial “desde arriba”.

A partir de 1880, estas empresas protegidas por el gobierno pasaron, a manos de ricos capitalistas monopolistas, como Mitsui y Mitsubishi, que mantenían estrecho contacto con el estado.

La revolución japonesa, al no abolir las relaciones feudales de la propiedad territorial, permitió el desarrollo de la actividad del capital comercial de tipo antiguo, impidiendo la libertad y autonomía del campesinado independiente y de los pequeños o medianos productores de mercancías. Así pues, mientras que la revolución burguesa de tipo clásica supuso, gracias a la abolición de las trabas feudales de producción y propiedad, el primer paso a la subordinación de capital comercial al capital industrial, el capitalismo nipón siguió pautas diferentes.

La revolución industrial y la transformación del capital comercial en capital industrial se llevaron bajo el dominio de los ricos capitalistas monopolistas, eso es lo

que le confiere una estructura esencialmente distinta a la del capitalismo de Europa occidental.

Además de los factores anteriores, el gobierno Meiji utilizó con fines nacionales la red de templos shintoístas y aunque el Shinto no estaba directamente relacionado con la difusión del sentimiento nacionalista popular, mantenía vivos los elementos del culto al emperador y facilitaba los medios de fortalecimiento de la solidaridad comunal o nacional, a través de la observancia patriótica centralizada en los santuarios.

La filosofía detrás de la revolución: “cambiar para permanecer”

Una de las ideas habituales es el decir que existen dos "Japón". Uno milenario y ancestral, espiritual y virtuoso, el Japón de la ceremonia del té, el bonsái, el budismo zen, el teatro Noh y el teatro Butoh, el Japón del samurai y la geisha; y otro ultramoderno, tecnificado, de los impecables automóviles, tipo Mazda o Toyota y de los equipos Sony. El Japón del animé (dibujos animados), el manga (historieta), el sushi, todo lo anterior unido por una forma de ser japonesa definida por el apego por el trabajo y la disciplina, el amor comunitario, la lealtad confuciana al emperador o a una corporación transnacional.

Dentro de todo lo expuesto hay que considerar que es imposible que una nación pueda subsistir y desarrollarse en el aislamiento y el grupo político que condujo la Restauración Meiji llegó a esa conclusión y diseñó una estrategia para incorporar los avances científicos y tecnológicos de Occidente, para tomar parte en el intercambio económico mundial y para inducir importantes cambios culturales. Hay que considerar los gobernantes Meiji trataron de realizar una modernización controlada, que al mismo tiempo que fortalecía al Japón, preservaba los valores esenciales de su cultura y que fuera compatible con un gobierno fuerte, de rasgos marcadamente autoritarios.

La historia de la Restauración Meiji plantea dos tipos de problemas: uno que hace referencia a la transición del feudalismo al capitalismo y, por otra parte, un problema referente a la estructura histórica específicamente japonesa que la convierte en un “arquetipo” de la revolución burguesa siendo un proceso donde convergen tanto la evolución interior como las influencias exteriores.

Hay que señalar que el triunfo mundial del capitalismo es uno de los temas más importantes de historia de la segunda mitad del siglo XIX. Era un nuevo tipo de sociedad que creía que el desarrollo económico radicaba en la empresa privada

competitiva. Se consideraba que una economía de ese tipo y que descansaba en las bases de una burguesía, no sólo crearía un mundo de abundancia convenientemente distribuida, sino de ilustración, razonamiento y oportunidad humana siempre creciente. Un mundo en continuo y acelerado avance material y moral donde las dificultades en la vía del desarrollo serían eliminadas.

De hecho algunas regiones del mundo alejadas de Occidente y ajenas al capitalismo, ante la continua presión de éste por lograr penetrar en sus economías, se vieron obligadas a elegir entre una resistencia resuelta de acuerdo con sus tradiciones y modos de vida o un proceso traumático de “modernización”.

Ante esta lógica se encontraba Japón de mediados del siglo XIX, asediado por la presión de potencias extranjeras y en plena crisis de su sistema militar de Shogunato, es esta situación la que obligó al Japón, a partir de 1866, a llevar adelante un proceso de transformación que fue el punto de partida de la moderna sociedad japonesa.

Los revolucionarios (en muchos casos jóvenes samurai) reconocieron que, para llevar a cabo su objetivo de salvar al país, era necesario un proceso de occidentalización sistemática. Occidente contaba claramente con el secreto del éxito y por lo mismo había que imitarlo a toda costa y esto representaba un intento traumático y problemático.

El intento no podía llevarse a cabo de una manera superficial y poco controlada, sobre todo en una sociedad profundamente distinta de Occidente como la japonesa. Para algunos, la renovación parecía implicar el abandono de todo lo que fuera japonés, en cuanto consideraban que todo el pasado era bárbaro y atrasado.

Las propuestas llegaban hasta la renovación de la raza japonesa, considerada genéticamente inferior, mediante el entrecruzamiento con la “raza superior” occidental, sugerencias basadas en las teorías occidentales del racismo social darwinista, que realmente encontraron un apoyo en las más altas esferas de Japón. Ciertos estilos de la vida de occidente, como el vestuario o la alimentación, fueron menos adoptados que la tecnología, los estilos arquitectónicos y las ideas de Occidente.

En la práctica, los japoneses eligieron varios caminos: El modelo británico, sirvió de guía en cuanto al ferrocarril, el telégrafo, las obras públicas, la industria textil, y muchos de los métodos de negocio. El patrón francés inspiró la reforma legal y la reforma del ejército. Las universidades debieron mucho a los ejemplos alemán y norteamericano, así como la educación primaria, la innovación agrícola y el correo. En 1875-1876 fueron empleados bajo supervisión japonesa entre quinientos y seiscientos expertos extranjeros y en 1890 unos tres mil. Pero la elección de aspectos referentes a

lo político e ideológico fue más compleja porque Japón rivalizaba políticamente con los sistemas de los estados burgueses liberales de Gran Bretaña y Francia.

El liberalismo era naturalmente opuesto al estado absolutista, adoptado luego de la Restauración. A su vez, la occidentalización, significaba también la adopción de las ideologías que fueron fundamentales para el progreso de Occidente, entre ellas el cristianismo. Al cabo de un tiempo había tomado cuerpo una fuerte reacción contra la occidentalización y el modelo liberal.

Esta reacción se manifestó en la constitución de 1889, sobre todo mediante una reacción neotradicionalista y la combinación de neotradicionalismo y modernización selectiva fue lo que prevaleció. Sin embargo, existía una fuerte tensión entre aquellos para quienes la occidentalización significaban una revolución total y los que creían que era la clave del progreso económico.

Conclusiones

La Revolución Meiji marcó el inicio de la moderna sociedad japonesa, introduciendo un proceso de modernización a la manera occidental. La resistencia a la presión externa no pudo contenerse y la modernización se presentó como el único medio de conservación, (cambiar para permanecer).

Durante cien años el conflicto entre ser asiático y ser moderno a la manera occidental fue un tema constante en la vida japonesa. El primer intento de modernización se dio durante la Revolución Meiji: la occidentalización, que era la fuerza motriz para la transformación de Japón, pues Occidente contaba con la clave del éxito y, por lo tanto, había que imitarlo y que llevó a formas de cambio, que a su vez produjeron la formación de un Estado Nacional dentro de un proceso clásico de Síntesis y Actualización.

Hoy en día podemos considerar que en la sociedad de Japón existen muy pocos aspectos totalmente asiáticos: la mayor parte de la población ha recibido una educación con autores como Shakespeare y en cuestión de política las orientaciones están entre un conservadurismo a la occidental y el marxismo que sigue teniendo vigencia. Sin embargo el código de ética sigue siendo confuciano. Tampoco hay que dejar de lado a la religión como vínculo con la tradición.

Gran parte de la cultura y la tradición japonesa remonta sus orígenes a culturas de fuera de Japón, pero los elementos de éstas quedaron tan completamente asimilados con el paso del tiempo que habían llegado a ser de hecho japoneses. Es en éste sentido en el cual Japón no representa una identidad asiática definida, ni se lo puede enmarcar dentro de un conjunto de rasgos definidos como occidentales. Japón debe ser comprendido como un pueblo que presenta características que le son propias y que lo convierten en una nación económica y culturalmente única.

Bibliografía

Acosta, Vladimir. *Revolución Industrial y Desarrollo Capitalista*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1986.

Barraclough, Geoffrey. *Introducción a la Historia Contemporánea*. Editorial Gredos, Madrid, 1965.

Beashley, W.G., *Historia contemporánea de Japón*. Alianza edit., Madrid, 1995.

Fukuyama, Francis. *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Editorial Planeta, Barcelona, España, 1990.

Galbraith, John. *El Crac del 29*. Editorial Ariel, Barcelona, España, 1978

Hall, John Whitney. *El Imperio Japonés*. Editorial, Siglo XXI, México, 1997.

Hardt, Michael & Negri A. *Empire*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, USA

Hobsbawm, Eric. *Las revoluciones burguesas*. Crítica, Barcelona, 1998.

Marshall, Mc Luhan. *La comprensión de los medios como extensiones del hombre*. Editorial Diana, México, 1977.